

SECRETARIADO DE PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

REVISTA DE HISTORIA

Director: el Decano, DR. ELÍAS SERRA RÁFOLS

Tomo XV

La Laguna de Tenerife (Islas Canarias)

Año XXII

José Viera y Clavijo y la cultura Francesa

por ALEJANDRO CIORĂNESCU

Después de cuanto se ha escrito acerca de la persona y de los méritos de don José de Viera y Clavijo, no cabe ya repetir que no estamos en presencia de un gran escritor. A pesar de su extensa actividad literaria y de sus dotes innegables de historiador, el puesto que ocupa en la historia literaria de su época no es el de una estrella de primera magnitud. No queremos decir, por tanto, que parezca justificado el relativo olvido en que la crítica dejó sepultada la mayor parte de sus obras, pues en realidad tendría derecho a una mención honorable en todos los campos a que aplicó su pluma.

Con todo, el interés de su obra aumenta sensiblemente, cuando se la considera desde el punto de vista de la literatura comparada. Si examinamos por separado cada una de sus composiciones, fácilmente se comprobará la escasez de su valor absoluto; sin embargo, si juzgamos el conjunto de su producción y las ideas básicas de su pensamiento, obtendremos una imagen sorprendente del siglo XVIII español, de los problemas que se agitan y de las soluciones que se enfocan en él. La obra de Viera y Clavijo gana en interés, si se la considera, más que con las lentes de la crítica estética, bajo el aspecto de su relación con las corrientes contemporáneas, y sobre todo con la literatura francesa, pues, como se ha dicho tantas veces, ésta constituía entonces el modelo siempre presente, bien se tratase de imitarlo o de combatirlo.

Sería ocioso adentrarse en el detalle de la parte que haya tenido la influencia francesa en España, en el siglo que siguió a la elevación al trono de los Borbones. Las grandes líneas del tema son ya cono-

cidas, no sólo por los clásicos estudios de Menéndez y Pelayo, sino también por el resumen más reciente y más particularizado de Paul Mérimée¹. Además, el caso de Viera es uno de los que ilustran con mayor claridad una situación, ya en esta época muy general; de manera que, sin insistir inútilmente en estas generalidades, nos proponemos mostrar, en las páginas que siguen, qué conocimiento y qué afinidades tenía Viera y Clavijo con la cultura francesa, y de qué forma su actividad literaria se explica mejor a la luz de las influencias galas.

* * *

Está probado que Viera conoció el francés desde su más tierna edad, pues él mismo escribe, en las *Memorias* de su vida literaria, que sus primeras revelaciones intelectuales fueron, después de los estériles estudios escolásticos, la lectura de Feijóo, y poco después el estudio del latín y del francés. Sería interesante saber cuáles fueron sus profesores. Desgraciadamente, estamos hasta ahora muy mal enterados sobre las circunstancias y las posibilidades de la enseñanza de idiomas extranjeros en las Canarias del siglo XVIII. Sabemos sólo que en La Orotava, y sobre todo en el Puerto de dicha ciudad, vivían algunos franceses; entre ellos habría habido quien diera clases en su propio idioma. Sabemos también, aunque no fuera sino por el ejemplo de Iriarte el gramático, que el francés era considerado desde entonces como la lengua más apta para formar la juventud; así que no sería una excepción la circunstancia de haber estudiado el joven Viera esta lengua, que ya poseía cuando tenía alrededor de 14 años.

En efecto, en sus *Memorias* mencionadas, encontramos junto al título de una imitación de *Guzmán de Alfarache*, escrita a esta misma edad, el de una tragedia inspirada por las tribulaciones de Genoveva de Brabante. Parece increíble que un autor que en toda su vida tuvo por costumbre escribir bajo la guía de un modelo y que nunca voló con sus propias alas, haya compuesto, a los 14 años de edad, una tragedia de su invención; y así nos parece casi seguro que se trata sólo de una traducción, posiblemente de una de las muchas tragedias francesas escritas a base del cuento de Cériseurs. En este caso, dicha tragedia sería la primera imitación sacada por Viera de un modelo francés; y sabemos ya que la serie de estas imitaciones fué muy larga.

Algunos años más tarde, cuando empezó a hacerse conocer en La Laguna como orador sagrado, nos dicen las mismas *Memorias*

1 PAUL MÉRIMÉE, *De l'influence française en Espagne au XVIII^e e siècle*, Paris 1936. Véase además ANTONIO RUBIO, *La crítica del galicismo en España (1726-1832)*, Méjico 1937.

como “versado en la lectura de los más célebres oradores franceses, se empeñó en imitarles”, introduciendo en Canarias un género de elocuencia diferente del que ya se usaba y formado sobre el ejemplo de los grandes predicadores de la época de Luis XIV, los Bossuet, los Fénelon, los Fléchier y los Massillon.

Por otro lado, es sabido que esta época de la vida de Viera se caracteriza por una participación muy activa en la tertulia del marqués de Villanueva del Prado, de la cual fué por largo tiempo el centro de atracción. La influencia francesa fué preponderante en esta sociedad, como en muchas tertulias aristocráticas. Aun si Viera no hubiese tenido afición a la cultura francesa, la brillante reunión de Daute le hubiera obligado, sin duda, a estudiar de más cerca una literatura que estaba de moda y unos libros y autores de los cuales todos hablaban. De todas maneras, los tiempos de su amistad con el marqués de Villanueva del Prado tuvieron una influencia determinante en su formación intelectual; de manera que, al momento de emprender el viaje a Madrid, estaba ya perfectamente enterado de la literatura francesa del Gran Siglo clásico, como también de las corrientes dominantes en el suyo.

Esta orientación no es, como se pudiera creer, un mero resultado de las influencias ejercidas por la moda vigente en la sociedad aristocrática de La Laguna. Sus amigos lacunenses no hicieron más que ayudarle a perfeccionarse y adelantarse en una dirección que ya era suya. Pero esta dirección no sólo no repugnaba a su espíritu, sino que se le imponía como la que mejor correspondía a sus curiosidades y a sus exigencias.

Lo que más salta a la vista, en la personalidad literaria de Viera y Clavijo, no es su imaginación ni su sensibilidad, sino su buen juicio, su espíritu crítico que le sitúa en la misma línea de Feijóo. Su curiosidad especulativa no se contenta con las apariencias o con las autoridades, ni una opinión le parece fundada sólo por ser la de la mayoría. En cualquier circunstancia, nuestro autor prefiere juzgar por sí mismo y hacerse una opinión personal, desdenando el peso inerte de las ideas recibidas, y aceptando todos los riesgos que comporta a veces esta osadía. Era, pues, natural que su curiosidad y su sed de lógica encontrasen sus mayores satisfacciones en el racionalismo francés, más bien que en la escolástica, por la cual había empezado sus estudios filosóficos. El cartesianismo triunfante, el criticismo brillantemente representado por Bayle y que había tenido tan grande influencia sobre la formación espiritual del mismo Feijóo², el empirismo de importación inglesa y hasta el sensualismo contemporáneo, todo contribuía a ofrecerle una interpretación racional del

² C. STAUBACH, *The influence of Bayle on Feijoo*, en «Hispania», XXII (1939), p. 79-92.

mundo, conveniente a su espíritu práctico e investigador. Y en efecto, las tentaciones de la filosofía francesa, tan de acuerdo con su propio temperamento pero tan contrarias a la doctrina oficial, dejaron una huella muy honda en toda su actividad literaria.

Sus conocimientos en materia de literatura francesa eran ya extensos en la época de su estancia en La Laguna. No sólo había leído entonces a los oradores sagrados, a cuya lectura le impulsaban las obligaciones de su oficio. Su afición para la retórica le había hecho leer todo lo que se publicaba en el género, tan fértil entonces, del elogio académico. A ejemplo de los pronunciados en la Academia de Berlín por el célebre Formey, le vemos escribir en esta misma época su *Elogio de Diego Pun*; más tarde le vemos leyendo también los elogios escritos por d'Alembert, Thomas y La Harpe. Al mismo tiempo había estudiado a fondo las obras, clásicas a la sazón, de Claudio Fleury y de Rollin. Fleury, que había sido maestro del duque de Borgoña, después Felipe V de España, era considerado por Viera como el mejor guía a poner en las manos de los futuros maestros; y se puede decir que su obra, junto a la de Rollin *De la manière d'enseigner les Belles-Lettres*, constituyen la base de su sistema pedagógico, que merecería un estudio más detallado.

Claro es que no será posible establecer la lista de las lecturas francesas de Viera; tanto más que, por lamentables circunstancias, no se ha conservado casi nada de sus papeles de esta época, ni tampoco el catálogo de los libros que poseía este hombre metódico, que en general no perdía nada de sus menores apuntes; así que las pocas menciones que preceden se refieren sólo a las lecturas mencionadas por el mismo Viera, o que han dejado una huella más visible en sus escritos pertenecientes a esta época. Algo más pudiera deducirse del examen de su producción poética, cuya inspiración bucólico-anacreóntica es la de un discípulo de Florian, mientras sus epigramas evocan, más que la imagen de un sacerdote canario, la de un La Fare o Lattaignant:

*¡Qué fortuna hubiera sido
 (Como dice Pedro Bayle)
 Para el hombre corrompido
 El que se hubiera metido
 Eva monja y Adán fraile!*

*Esto hubiera así evitado
 Daños y males prolijos.
 Pero, pues no han profesado,
 ¿Por qué, después del pecado,
 No caparon a sus hijos?³*

³ *Quintillas*, en el manuscrito de sus *Poesías*, en El Museo Canario de Las Palmas.

SEMAPO
MUSEO DE LA CIUDAD DE LA PAZ
Sede de la Biblioteca Municipal
Calle de la Paz, 100



D. JOSÉ DE VIERA Y CLAVIJO
POR PEREIRA PACHECO

En Madrid, como en La Laguna, vivió Viera en un medio suficientemente afrancesado. Basta con observar que en el momento de su llegada en la capital, el célebre conde de Aranda, amigo de Voltaire y de los enciclopedistas, llevaba ya 6 años en la dirección del gobierno, conduciendo el país hasta el modernismo cosmopolita y la imitación de las corrientes de Francia. Era él, sin duda, el representante más ilustre y más entusiasta de la influencia francesa; pero no era el único que pensaba así en la corte de Carlos III, en la cual no faltaban los marqueses empolvados y los petimetres. También el protector de Viera, el marqués de Santa Cruz, era uno de los admiradores de las modas europeas; y le veremos más tarde hasta ponerse él mismo en la escuela de los científicos franceses, con el fin de estudiar las ciencias físicas, para las cuales tenía muy viva afición.

De esta manera, educado desde niño en la admiración de los modelos franceses, y más tarde introducido en una sociedad aristocrática, en la cual la imitación de Francia era una regla universal y hasta una muestra de buena educación, Viera y Clavijo era ya totalmente adicto a esta influencia, cuando logró visitar París. Será fácil, pues, comprender hasta qué punto este viaje fué decisivo para su orientación ideológica y cuán honda había de ser la huella que dejó en su espíritu y en su obra.

La impresión que le hizo el primer contacto con la capital francesa fué una especie de deslumbramiento, que se transparenta en su correspondencia: "En suma", escribe por ejemplo, dirigiéndose al marqués de San Andrés, "yo, yo mismo estoy en París desde el día 13 de Agosto, y a la verdad que echo de ver que en este mundo no hay sino una de las dos cosas: o estar en París, o entre las mantas de La Laguna"⁴. Si tenemos en cuenta el sentimiento patriótico, la ironía, y también la calidad de lacunense de quien recibía esta carta, queda evidente que los encantos de París obraron poderosamente en el espíritu de Viera, desde los primeros días de su llegada.

Escuchémosle una vez más, elogiando la gran ciudad que acaba de descubrir y la forma nueva de vida que para él representa: "Hay mucho que decir de este inmenso pueblo, donde aunque tal vez no

4 Carta al marqués de San Andrés, de París, del 11 de Octubre 1777. Salvo indicación especial, los textos que van citados en lo siguiente, casi todos inéditos, son sacados de los manuscritos de Viera conservados en La Laguna (Biblioteca Provincial y Biblioteca de la Sociedad Económica) y en Santa Cruz de Tenerife (Biblioteca Municipal). Algunas cartas de Viera están publicadas en la colección titulada *Cartas familiares*, Santa Cruz de Tenerife 1849, donde se pueden buscar, como también en los manuscritos, por la indicación de su fecha. Para más detalles sobre el paradero actual de los distintos manuscritos de Viera, véase A. MILLARES CARLO, *Ensayo de una biobibliografía de escritores naturales de las Islas Canarias*, Madrid 1932. Las traducciones hechas por Viera del teatro francés, y mencionadas por Millares Carlo sin indicación de paradero, están en la Biblioteca Municipal de Santa Cruz.

se vea nada de nuevo, se ven todas las cosas en grande, y lo grande admira. Protesto que no quiero que huelga a elogio la idea que formo de París, ni que parezca ligereza de un nuevo abade empolvorado la satisfacción que me ocasionan muchas excelentes circunstancias que voy notando. Mas sin embargo, amigo, es menester confesar, aunque español y sabidor de la historia de Carlos V, que el género humano tiene aquí el monumento más incontestable de su perfectibilidad, esto es, de los progresos de su civilización y de su industria, que otros no dudarán llamar corrupción, licencia, refinamiento, lujo y vida sensual. Cuánto celebraría yo que fuese Vmd. testigo de esta sensualidad del gusto, de esta corrupción de las ciencias, de este lujo de todas las artes, de este refinamiento de la sociedad, para condenarlo después en medio de Castilla la Vieja, en cuyos lugares, como solemos leer, en nuestra Academia, hay siete vecinos y medio, un zapatero de vieja, veinte pobres de solemnidad, cuatro reses vacunas...”⁵.

Este entusiasmo, ¿no es el resultado de una exageración? Y estas reflexiones de Viera, ¿no serán, como lo apunta él mismo, expresión de la beata admiración de un pobre cura que llega desde la soledad de sus Cañadas y la quietud de su Realejo a los fastos y a la fascinante ostentación de Versalles y del Palais-Royal?

Algo será legítimo en esta observación. El entusiasmo de Viera, y la satisfacción de llegar al centro de radiación de esta cultura a la cual tenía tanta afición, le hicieron tal vez considerar con cierta debilidad, por su parte, todo cuanto se refería a Francia y a su cultura. Su espíritu crítico abandona su sólita exigencia, cuando se trata de juzgar las cosas de Francia. Es importante notar este detalle, pues la presencia de esta misma debilidad constituye la mejor prueba de la admiración casi ilimitada que profesaba Viera para todo lo que era francés.

Un caso típico de su propensión a la admiración encontramos en sus relaciones con La Blancherie. Era éste un periodista francés que nada tenía de destacado y cuyo nombre apenas pasó a la posteridad, uno de los muchos aventureros del mundo literario de entonces. Perseguido y agobiado siempre por las duras necesidades materiales, este periodista famélico había vanamente intentado enriquecerse en las Antillas. Al llegar Viera a París, en 1777, La Blancherie⁶ había inaugurado, en su casa de la calle Saint-André-des-Arts, una agencia literaria doblada por un *salón de correspondencia* cuyo fin debía ser el facilitar los contactos entre los artistas y los literatos, pero cuyo éxito fué menos que mediocre. Al mismo tiempo había dado principio a la publicación de una revista titulada ambiciosamente, a ini-

5 Carta a Capmany, desde París, de 29 Agosto 1777.

6 Mammès-Claude-Catherine Pahn-Champlain de la Blancherie (1752-1811).

tación del célebre Bayle, «Nouvelles de la République des Lettres»⁷. Habiendo fracasado uno tras otro todos sus esfuerzos en el campo del periodismo y de la literatura, su nombre sería hoy totalmente desconocido, si no fuera que en su ansia de encontrar una situación, que le había merecido el nombre de “amante de las once mil vírgenes”, tuvo un momento la esperanza de casarse con la señorita Manon Philipon, que fué después la célebre señora Roland.

A Viera le pareció descubrir en este aventurero a uno de los astros más brillantes del firmamento francés; así que no pensó regatear cuando se le pidió su luis de oro de contribución, por ser admitido en el salón de Saint-André-des-Arts. Al escribir más tarde sus *Memorias*, no poco se gloriaba el escritor canario de haber sido uno de los primeros suscriptores de la obscura publicación de La Blancherie, aunque de ordinario no sea prueba de mérito muy destacado el suscribirse a revistas, sobre todo pagándolas en oro. Su amigo, el valenciano Cabanilles, que se quedaba en París mientras Viera había ya vuelto a Madrid, hizo más de un ensayo para desengañarle. Ni sus alusiones bastantes maliciosas al famélico periodista, ni la poca regularidad de su revista, lograron borrar en la memoria de Viera el recuerdo agradecido de los saraos literarios de París y de los salones donde había encontrado a algunos de los escritores que más apreciaba: a través de la bruma del tiempo y de la distancia, en las *Memorias* aludidas, el pobre La Blancherie se le aparecía a Viera tan importante como los Franklin y los d'Alembert.

Todo esto, sin embargo, no basta para convencernos que Viera fué cegado por su francofilia; y de pasar por alto los resultados de su experiencia parisiense quedaría sin explicación la mitad de su obra, y quizás la mitad que tiene mayor interés.

En cuanto a esta experiencia, todo concurría a hacerla agradable y provechosa a la vez. Trocando desde Bayonne su peinado español por un *rabat* y un peinado *à la française*, que fueron su primer descubrimiento agradable, nuestro Viera, lo mismo que su amigo Cabanilles, entró en la capital francesa bajo los auspicios más favorables. Entrambos pertenecían a la comitiva de uno de los más grandes señores de España y con él venían a alojarse en casa de otro gran señor, el duque del Infantado. Gracias a éste y a sus excelentes relaciones francesas, Viera fué pronto introducido en la mejor sociedad de París, lo que le facilitó el contacto con este movimiento intelectual que anhelaba conocer.

Apenas llegado a París, el palco del Duque en la Comédie Française le permitió escuchar la comedia de Boutet de Monvel titulada *L'Amant bourru*, en su primera representación. Por intervención

⁷ La revista se publicó, con mucha irregularidad, en 1777 y en 1779-87. En la Biblioteca Nacional de París sólo se encuentra una colección muy incompleta.

del mismo Duque, el célebre d'Alembert le firmaba unos días más tarde una invitación a la sesión de la Academia Francesa, donde presenció, con emoción comprensible en un admirador tan devoto de la literatura francesa, la distribución de los premios de elocuencia. Allí fué donde vió por la primera vez a los escritores más célebres de la época, que ya conocía por sus obras, a "los Marmonteles, Condillacs, Thomases, La Harpes, Delilles"; y en la lectura hecha por La Harpe de un fragmento de su traducción de la Farsalia y por d'Alembert de un elogio académico de los muchos publicados al año siguiente, tuvo ocasión de admirar la soltura del público, acostumbrado ya a las obras maestras y a un gusto que todavía constituía una novedad para un español. "Daba gusto", escribe Viera, "ver resonar los aplausos y los palmoteos al oír leer aquellos pasages más elegantes y sublimes. ¡Cómo entendían, aun las mugeres, adónde estaba toda la fuerza del pensamiento, y se adelantaban a vitorearle!"⁸.

Al mismo tiempo, Viera quiso aprovechar las extensas relaciones del duque del Infantado, para acercarse más a algunos de los escritores más conocidos de los que se encontraban entonces en París. No se trataba sólo de un anhelo de aficionado, sino también de una obligación, pues llevaba, por ejemplo para d'Alembert, una carta de su amigo Capmany y un ejemplar dedicado del último libro de éste, *La Filosofía de la elocuencia*. Pero en vano llamó a la puerta del filósofo, en su habitación del palacio del Louvre, pues d'Alembert estaba o fingía estar ausente de la capital. En su casa depositó Viera los encargos de Capmany, pero tampoco tuvo la suerte de conseguir una contestación.

En otra sesión académica, con motivo de la recepción del abate Millot, pudo finalmente hablar con d'Alembert y preguntarle si a lo menos había recibido su encargo. De su relación a Capmany resalta llanamente su descontento frente al mutismo poco cortés del escritor francés, y, de manera más general del "orgullo literario de estos oráculos de la filosofía del siglo, que enmudecen cuando no son preguntados por grandes personajes"⁹, o sea cuando no es ya el duque del Infantado quien les habla, sino un desconocido sacerdote de Canarias, aunque lleve golilla y peinado francés.

Hay que añadir que semejante contratiempo le impidió ver al astrónomo La Lande, para quien tenía una carta de Francisco Subirras. Por encontrarse La Lande fuera de París, se le hizo el encargo de la misma manera; sin embargo, en este caso tuvo contestación, aunque tardía. La carta de La Lande se conserva aún, con las demás recibidas por Viera, en la Biblioteca Provincial de La Laguna.

Al reservar los oráculos sus intervenciones para más solemnes ocasiones, le fué preciso a nuestro viajero contentarse con las sesio-

8 Carta a Capmany, de París, de 29 Agosto 1777.

9 Carta a Capmany, de París, de 7 de Febrero 1778.

nes públicas de las Academias y con tratos igualmente útiles, aunque de menor brillantez. Así, le encontramos presenciando la célebre sesión de la Academia de Ciencias del 29 de Abril 1778, en la cual Franklin fué solemnemente recibido por el ilustre cuerpo, y se vió dormir a Voltaire mientras se pronunciaba su propio elogio¹⁰.

Poco antes, Viera había hecho una visita al abate de l'Épée, cuya puerta se abría con mayor facilidad, y se había enterado de sus trabajos a favor de los sordomudos. En fin, su deseo de mezclarse lo más profundamente posible en la vida literaria de París había encontrado satisfacción en la amistad más o menos interesada de La Blancherie, cuyo salón literario le estaba abierto toda las noches. Allí fué donde presencié la lectura de algunas obras recientes, entre las cuales el poema de Roucher titulado *Les Mois*. Además, habiéndole pedido La Blancherie algunos informes sobre el movimiento intelectual de España, para publicarlos en su revista, Viera se dió prisa en proporcionarle, con algunas otras notas que será útil buscar en la revista francesa, un breve elogio del libro de Capmany, que todavía no había logrado interesar a d'Alembert¹¹.

Pero el provecho más seguro de la estancia de Viera en París fué sin duda el que sacó de las clases seguidas durante el invierno de 1777-78. Como ya se ha apuntado por todos sus biógrafos, esta temporada corresponde a las clases que siguió con Sigaud-Lafond, profesor de matemáticas en el colegio Louis-le-Grand y director de su laboratorio de física, ya conocido en los círculos científicos de París por sus estudios sobre las propiedades de los gases¹². Sigaud-Lafond daba clases de física en su casa, donde no sólo acudieron Viera y Cabanilles, sino también algunas veces el mismo marqués de Santa Cruz. También siguió Viera las clases de química de Sage y de ciencias naturales de Valmont de Bomare; sin embargo, fueron las de Sigaud-Lafond las que más llamaron su atención y le hicieron mayor impresión.

Desgraciadamente, la estancia en París no fué tan larga como se hubiera podido esperar en el momento de la llegada. Habiendo empeorado la salud del joven marqués del Viso, hijo del marqués de Santa Cruz, se decidió repentinamente el regreso a la Península; y se puede decir que no fué con demasiado gusto por parte de Viera¹³.

En efecto, el recuerdo de París vuelve en lo sucesivo a su memoria con la persistencia de una obsesión. Bien es verdad que tres años más tarde, después de muerto el marqués del Viso y casado en Viena su padre, Viera volvió con él de Austria a París, donde pudo darse

10 Carta a Casimiro Ortega, de París, de 30 Abril 1778.

11 Carta a Capmany, de París, de 7 Enero 1778.

12 Joseph-Aignan Sigaud-Lafond (1730-1810), considerado como autor del descubrimiento de la composición del agua.

13 Carta al duque del Infantado, de San Sebastián, de 7 Agosto 1778.

por un rato la ilusión de encontrarse otra vez con sus antiguas aficiones. Pero esta segunda estancia no fué más que un breve paréntesis, después del cual nuestro canario ya no tuvo otra ocasión de salir al extranjero. Sólo le quedaba la posibilidad de viajar con la imaginación; y de esta forma, por lo menos, parece que lo hizo muy a menudo. A cada paso se encuentran en sus escritos alusiones a la época considerada como la más feliz de su vida, cuando se encontraba “en medio de los encantos de París, rodeado de las ciencias, de las artes, de la opulencia y de la industria, conocido de los filósofos, de las damas, los señores y los artistas, solicitado de las diversiones, los placeres, las Musas y las Gracias, pensando con los hombres que piensan, viviendo en el país donde se vive y creyéndome ser alguna cosa, al verme en un mundo de donde todo parece grande y micromega”¹⁴.

Cabe decir que el recuerdo de su viaje se confunde muy a menudo con la idea de una vida fácil y agradable y con la de una serie de satisfacciones materiales. Viera no se consolará nunca, por ejemplo, de asistir a su decaimiento desde el punto de vista indumentario, y de compararlo con la época de gloria, cuando “yo era todavía un *Monsieur l'abbé* bien peinado, con brillante calota y muy solemne rabat; pero ahora no soy sino un pobre cura motilón con hopalandas: *sic transit gloria mundi*”¹⁵. Pero de no ser más que esto, hubiera sido muy insignificante el resultado de su contacto con Francia.

Viera había vuelto de este país con un cierto número de relaciones y amistades que no le fueron de poco provecho, desde el punto de vista de su actividad científica y literaria. Por lo visto, no había logrado conocer a d'Alembert tan de cerca como se ha afirmado muy a menudo. En cambio, tuvo ocasión de ser presentado a Condorcet y de regalarle un ejemplar de sus *Noticias sobre la historia de Canaria*, que fué depositado por éste en la Academia de Ciencias, cuyo secretario era entonces. Parece que dicha Academia encargó a Condorcet escribir al autor, felicitándole por su labor. Hay mención de esta carta en la misma *Historia de Canaria*, cuyo último tomo se publicó sólo en 1783. Además, se ha conservado copia de la contestación de Viera, escrita en un francés algo vacilante, pero que basta para probar que dominaba bien este idioma¹⁶.

Continuaron también las relaciones de Viera con La Blancherie. Al momento de su regreso a España, el periodista francés le había pedido la lista de los miembros de la Academia Española de San Fernando. El envío de esta lista le fué hecho por Viera, acompañado de una carta fechada en Valencia a 30 de Octubre 1778,

14 Carta al marqués de San Andrés, de Valencia, de 10 Octubre 1778.

15 Carta a Isidoro Bosarte, de Madrid, de 31 Agosto 1781.

16 Carta a Condorcet, de Valencia, de 31 Octubre 1781.

pidiéndoselo en cambio, para el marqués de Santa Cruz, una lista de los socios de la Academia Francesa. La carta de Viera, también escrita en francés, tiene la particularidad de mostrar un Viera petimetre, al cual no estábamos acostumbrados, ya que entre las expresiones finales no falta la de ponerse "aux pieds de toutes les demoiselles françaises qui charment votre cocur" y cuyo número ya hemos visto que era bastante importante.

En lo sucesivo, las relaciones entre los dos amigos parecen haber quedado interrumpidas, por lo menos en lo que se refiere a la correspondencia directa. Sin embargo, en las cartas de Cabanilles interviene varias veces el nombre de La Blancherie, aunque no se hable siempre de él con el mayor cariño. En fin, cuando, en 1784, otros dos canarios, el joven marqués de Villanueva del Prado y don Agustín de Béthencourt, emprenden el viaje a Francia, Viera les entrega una carta de recomendación para el mismo La Blancherie, cuyo nombre no se encuentra más a partir de esta fecha, excepto en las *Memorias* del escritor canario.

En cuanto a la traducción francesa, hecha en 1780 por un oficial llamado Bongars¹⁷, de su *Elogio de Felipe V*, es cierto que no se debe a la intervención personal de Viera, que no conocía al traductor¹⁸. Este último parece, en cambio, haber tenido algunas obligaciones con el duque del Infantado; así es probable que la traducción haya sido concertada y posiblemente pagada por éste, como tenemos noticias que se estaba haciendo con otras obras de Viera, por mediación de su buen amigo Cabanilles.

Por último, sus relaciones con Sigaud-Lafond no le fueron de menor provecho. El mismo marqués de Santa Cruz, a quien hemos visto siguiendo las clases de Sigaud en París, había autorizado a Viera para que, con el concurso de éste, se formase en su palacio de Madrid un gabinete de química y física igual al del profesor francés. El buen Cabanilles sirvió otra vez de mediador. Gracias a sus gestiones y a los trabajos efectuados bajo la vigilancia de Sigaud, Viera pudo formarse en breve el laboratorio deseado, en el cual inauguraba ya en 1780 unas clases de ciencias, parecidas a las que había presenciado él mismo en París; en ellas volvió, además, sobre los mismos gases cuyo secreto le había sido revelado por Sigaud.

Como testimonio de su gratitud, Viera no se olvidó de adornar su gabinete con un busto del profesor. Hay más; por singular que parezca, Sigaud-Lafond es la Musa que le inspiró su poema didáctico de los *Ayres fijos*. Esta devoción y este entusiasmo poco poético tienen mejor explicación, cuando se advierte que el poema no

17 Jean-François-Marie baron de Bongars (1758-1820) estuvo después al servicio de José Bonaparte y llegó hasta el grado de general de división (1812).

18 Carta a Bongars, de Madrid, de 9 de Marzo 1780.

es sino el resumen versificado de sus experimentos químicos, con muy poca poesía por encima. Es verdad también que Viera no se proponía cantar los gases, que hubieran formado un argumento muy singular para un poema, sino facilitar su estudio a los jóvenes señores de la sociedad madrileña que seguían sus clases: el vestido poético era un atractivo añadido a su tratado de química, para hacer más agradable su lectura a los alumnos poco acostumbrados a tan nueva materia.

La misma influencia de las modas francesas y de las preocupaciones científicas que le habían despertado sus estudios de París explica también el interés de Viera para la aeronáutica. Los primeros ensayos de los Montgolfier y de los Pilâtre du Rosier le eran bien conocidos, pues le eran relatados con bastante detalle por su amigo Cabanilles, en las cartas que de él recibía con regularidad. A base de los informes contenidos en estas cartas, y también en los periódicos franceses que tenía la ocasión de leer en Madrid, compuso más tarde un último canto de los *Ayres fijos*, para cantar los gases que permitían el vuelo de los nuevos Ícaros salidos de Francia a la conquista del cielo. Una vez más la inspiración poética, si es que la hay, se doblaba en él con un interés científico y experimental, pues es sabido que Viera fué uno de los primeros, quizás el primero que hizo volar un balón en el cielo de España.

Por medio de estas preocupaciones, científicas y poéticas a la vez, Viera se dedicaba a prolongar en Madrid sus aficiones de París. Pero todo esto no pudo durar indefinidamente; y al cabo de algunos años tuvo que retirarse a las mismas Canarias de donde había salido. La independencia de su espíritu liberal, tan abierto a las influencias extranjeras, tan aficionado a las innovaciones como opuesto a la rutina, parece haberle puesto en situación de apartarse de Madrid. Todavía no se conocen bien las circunstancias que le obligaron a tomar esta decisión; pero es claro que su vuelta a Canarias le apareció a él mismo nada menos que un destierro.

Esta vez no se trataba ya de volver a las mantas de La Laguna, sino de abandonar muchas esperanzas y mucha ambición, sacrificándolo todo con una resignación que todavía comprendemos mal, y que sin embargo Viera no se esfuerza en ocultar: “No será por cierto Madrid la que me hará parecer cosa muy poca la Gran Canaria. París, Nápoles y Viena, que me han hecho poca cosa Madrid, serán las que me hagan consolar de que las Canarias no sean gran cosa. Es menester retroceder en la posesión de las cosas, en las fruiciones de la vida, para saber dejarla casi como se tomó. Así he pensado pasar mis últimos días conmigo solo y en el silencio de nuestras Islas”¹⁹.

19 Carta al marqués de San Andrés, de Madrid, de 28 de Junio 1782.

Sólo en el recuerdo quedarán en lo sucesivo las brillantes reuniones de París, en los salones lujosos donde los nombres más célebres del mundo de la ciencia y del arte pasaban cada día por las bocas de los lacayos. Cesaban al mismo tiempo las facilidades de Madrid, donde Viera no sólo era dueño de una de las mayores casas de la capital, sino que tenía al mismo tiempo todas las facilidades que podía desear para el estudio y la literatura; y tampoco esperaba encontrar en Gran Canaria los consuelos de la tertulia lacunense.

Cuando no queda mucho, hay que contentarse con el poco que queda; y Viera no tendrá mayor alivio que leer de vez en cuando los últimos periódicos de París, “oliendo todavía a la imprenta y a las pomadas de nuestra buena villa de París”. En los libros y en las revistas de Francia le parece que vuelve a encontrar de pronto cuánto creía haber perdido: “Estos papeles, que contienen las ideas actuales del espíritu humano en el estado presente de sus progresos y que las hacen género comerciable, son las que pueden acercarnos en cierto modo a aquel teatro de donde nos hemos alejado y sostenernos para que no nos arrebatase del todo el turbillón de la sociedad isleña”²⁰.

En realidad, París se aleja más con los años que pasan. La revolución que acaba de estallar, ahuyentando a los extranjeros, y con ellos a Cabanilles, ha roto el lazo más sólido que tenía todavía con Francia. Una vez que ha cambiado el régimen, a favor de formas de vida para él desconocidas, ¿qué queda del país que Viera había conocido antes? No extrañará, pues, su actitud algo vacilante frente a los acontecimientos de Francia. Además, su incertidumbre es la de la mayoría de los francófilos españoles del tiempo. Es posible que haya escrito versos que son como una oración llamando la destrucción y la ruina sobre los invasores galos²¹; como también es seguro, sin que haya necesariamente contradicción entre las dos posiciones, que tuvo más de una vez ocasión de demostrar su admiración para “el héroe del siglo”, que no es otro que “el gigante Bonaparte”²².

Sin embargo, en tales circunstancias, el mejor método para no perder el contacto con Francia era atenerse a su literatura, prescindiendo de la actualidad política y volviendo a los autores ya conocidos. Posiblemente por esta razón, el último tercio de la vida de Viera es el más fecundo en traducciones e imitaciones del francés. Hasta se pudiera decir que hay de sobra, considerando lo apresurado de la mayoría de sus composiciones y el poco valor de algunos

20 Carta al marqués Villanueva del Prado, de Gran Canaria, de 3 de Abril 1788.

21 Cf. CARLOS PIZARROSO, *Nuevas curiosidades de la biblioteca de La Laguna*, en «Revista de Canarias», 1882, p. 216-18.

22 Carta a Francisco Martín de Castro y Peraza, de Gran Canaria, de 31 de Marzo 1802.

de sus modelos. Parece evidente que su obra hubiera ganado en calidad, si no hubiese dado preferencia a la cantidad.

Con todo, no hay que perder de vista que Viera es un pedagogo y un maestro, más que un poeta. Sus traducciones no se deben tanto al gusto que le proporciona la creación artística, cuanto al interés de su valor educativo y al provecho intelectual y moral que se puede sacar de su lectura. Toda su actividad literaria debe ser considerada bajo este punto de vista, pues si se limitase el examen al mérito artístico de creación, tal vez no merecería ésta toda la atención que le concedemos.

* *

Pero antes de examinar la producción literaria de Viera y Clavijo bajo el aspecto de las influencias francesas, no será inútil considerar la extensión de sus conocimientos sobre la literatura francesa. Como ya se dijo más arriba, estos conocimientos parecen haber sido muy extensos, indicadores de una lectura asidua de la mayoría de los buenos escritores de los siglos XVII y XVIII. Lo que parece más interesante es hacer constar que en esta lectura entran todas las tendencias y caben todas las curiosidades; el espíritu investigador de Viera y su sed de estudiar no se atemorizan nunca, por libres o atrevidas que sean las ideas de los escritores que frecuenta.

Dada su posición de eclesiástico, se concibe haya estudiado a los Fleury y Bossuet. También parece normal que no haya desconocido la *Histoire ecclésiastique* del célebre abate de Choisy, y que haya sabido en cuán poca estima la tenían los sabios contemporáneos; pero no dejará de sorprender la comprobación de que el abate de Canarias no ignoraba tampoco el detalle pintoresco de las metamorfosis del galante académico francés, y de los disfraces a que alude su censura de la traducción castellana de esta obra²³.

En otra censura, dedicada al *Tratado de la acción del orador* por Miguel de Higuera, es notable el acierto con que reconoce en el texto español la traducción de un tratadito de Valentin Conrart. Aprovechando la oportunidad, da además algunos datos sobre el autor francés y sobre obras más recientes que tratan el mismo asunto; la copia de sus indicaciones bibliográficas muestra que su afición a la retórica se fundaban en unos estudios bastantes profundos²⁴.

Un español del siglo XVIII podía equivocarse respecto al auténtico valor del descolorido Vertot; así vemos a Viera soñando "ser el abate Vertot de las Islas, para escribir sus revoluciones"²⁵, cuando

²³ Censura del 6 de Junio de 1777. Dicha censura, con las que siguen, se conservan en un manuscrito autógrafo de Viera, en la Biblioteca Provincial de La Laguna.

²⁴ Censura del 29 de Agosto de 1781.

²⁵ Carta al marqués de San Andrés, de Aranjuez, de 24 de Mayo 1771.

su mérito de historiador le asegura un puesto más eminente del que él soñaba. Al mismo tiempo, es singular su admiración para un escritor como Scarron, cuyo talento de “chancearse sobre los dolores” vemos alabado en otra carta suya²⁶.

De los autores contemporáneos, Viera parece conocer bien las obras del abate Raynal, cuyas ideas revolucionarias condena por conformismo, pero sin negar sus calidades de escritor y de historiador²⁷. También está enterado de los trabajos de Court de Gébelin, cuya lucidez admira al mismo punto que lo atrevido de sus hipótesis. Al presentársele para censurar el diccionario mitológico de Chompré, le parece conveniente que se autorice su publicación, sólo con que se haga referencia, en su introducción, a los trabajos recientes sobre *Le Monde primitif* y *L'Histoire du calendrier*, “obras a la verdad de selecta erudición y de pensamientos tan profundos como curiosos”, en las cuales Court de Gébelin “pretende explicar el caños de la motología, probando casi con evidencia que todas aquellas fábulas, tan absurdas a la primera vista, no eran más que unas meras alegorías de las revoluciones físicas y vicisitudes del Universo²⁸”.

Así y todo, la más significativa de sus admiraciones es la que lleva por Voltaire. Todos los rayos de Roma no parecen haberle impedido la lectura de sus obras. Es cierto, además, que desde la época de su estancia en La Laguna, muchas de estas obras le eran ya conocidas; las cartas escritas a sus amigos de Tenerife comprenden varias alusiones a *Candide* y a *Micromegas*, que parecen indicar lecturas hechas en común²⁹. Será, pues, tanto más interesante descubrir en Viera, desde muy joven y antes de haber salido de Canarias, un admirador fervoroso de Voltaire, en una época en que el patriarca de Ferney tenía en España una triste celebridad.

Claro es que tras la condena del Índice, los intelectuales y los aristócratas se permitían muy a menudo la misma libertad. No hay tampoco que olvidar que el régimen del conde de Aranda, cuyas relaciones personales con Voltaire y con los enciclopedistas son bastantes conocidas, había favorecido no sólo la influencia francesa en general, sino también la penetración de las ideas liberales y progresistas del siglo.

El mismo Viera y Clavijo se hizo cargo de esta realidad, en contacto con la sociedad aristocrática de Madrid, donde “las máximas de Port-Royal son ahora de moda y el bigotismo lidia con el libertinage”. En este medio cortesano y devoto, donde las tradiciones

26 Carta al mismo, de San Ildefonso, de 4 de Septiembre 1772.

27 Censura de la *Historia de Jamayca*, de 17 de Enero de 1783.

28 Censura de 12 de Septiembre de 1783.

29 Cartas al marqués de San Andrés, de Madrid, de 17 de Marzo 1772 y de 7 de Julio 1775.

nacionales se enfrentaban con las tentaciones del extranjero, en esta corte de Carlos III, “sucna el nombre de Voltaire todavía peor que el de Judas. Sin embargo, sus tragedias corren en el teatro del Rey, y en casa de Aranda se executó la de la *Muerte de César* en este carnaval, con complacencia”³⁰.

El jansenismo tardío de la sociedad española no había logrado generalizar la condena de Voltaire y de sus obras, pues la tolerancia de hecho hacía inútil la prohibición de principio. Sin embargo, Viera no había esperado esta revelación para adelantarse en el estudio de Voltaire; de manera que, cuando obtuvo del Santo Padre la licencia de leer cualquier libro prohibido por el Índice, esta licencia debió haber sido retroactiva, a lo menos por lo que se refería a las obras del amigo de la marquesa Du Châtelet.

Más tarde, la estancia de Viera en París coincidió con la vuelta a la capital del gran escritor, que vivía desde largo tiempo retirado en su propiedad de Ferney. Para sus numerosos admiradores fué esto un acontecimiento de importancia, que ocasionó varias manifestaciones, cuyo eco se reconoce en una carta contemporánea de Viera.

“Ha vuelto a París”, escribe éste a Capmany, “al cabo de 27 años de ausencia, el Néstor de la literatura francesa; vuelve como Sófocles, para dar al teatro, a los 83 años de su edad, una nueva tragedia [la *Irène*], que se representará pasado mañana por la primera vez. Mucha parte de la Corte y de la villa, hombre y mugeres, se han puesto en movimiento por ver y visitar a este fenómeno filosófico del siglo XVIII, de quien nuestros expurgatorios hacen feliz memoria a cada paso. Luego que llegó, quiso ensayar a los actores su tragedia; mas se acaloró tanto, que le sobrevino una hemorragia por la boca, de que hubo que morirle. Dicen que está mejor, y yo no añado más sobre este curioso artículo, por ser Voltaire, con razón, materia prohibida para nosotros”³¹.

Es admirable este “con razón” dirigido al secretario de la Real Academia. Pero si hay obras que eran prohibidas “con razón”, en España, entre ellas contaba sin duda la célebre *Henriade*, cuyas ideas

30 Carta al marqués de San Andrés, de Madrid, de 21 de Marzo 1771. Otro Canario, don Bernardo de Iriarte, había traducido en 1765 la tragedia *Tancrede* de Voltaire; pero parece que fué obligado recoger los ejemplares, a pesar de haber sido publicada su traducción bajo los auspicios del mismo conde de Aranda. Cf. VIERA Y CLAVIJO, *Noticias de la historia de Canarias*, Santa Cruz de Tenerife 1858-63, vol. IV, p. 528, y DIEGO M. GUIGOU COSTA, *El Puerto de la Cruz y los Iriarte*, Santa Cruz de Tenerife 1945, p. 150. Sobre la influencia de Voltaire en España, véase también GERHARD MOLDENHAUER, *Voltaire und die spanische Bühne im XVIII Jahrhundert*, en «Berliner Beiträge zur romanischen Philologie», I (1929), p. 115-31; C. QUALIA, *Voltaire's tragic art in Spain in the XVIIIth century*, en «Hispania», XXII (1939).

31 Carta a Capmany, de París, de 7 de Enero 1778.

y estructura contradecían a la vez el sentimiento nacional y el sentimiento católico de los españoles. Sin embargo, he aquí la opinión de don José Viera sobre este mismo poema, que había de traducir al español algo más tarde, en el año de gracia 1800:

*Y tú, rival del Tasso,
Cantor del gran Enrique,
Cuya Musa filósofa
Dejó arrobado el Pindo,
Sabed que son eternos
Vuestros egregios ritmos,
Pues mientras nascan hombres
Habrán de ser leídos*³².

* * *

En efecto, allí residía el peligro de las lecturas para un hombre como Viera y Clavijo. En sus concepciones de persona práctica y metódica a la vez, la lectura seguida por un juicio favorable, llamaba detrás de ella a la traducción o a la imitación. De otra forma, ¿para que serviría un libro, cuya enseñanza no se puede comunicar a los demás? El cuidado permanente de enriquecer los conocimientos de sus compatriotas es el primer estímulo de la actividad literaria de Viera; y más de una vez, sus admiraciones literarias tomaron la forma de versión castellana.

Ya en Aranjuez, durante el verano de 1771, la contemplación prolongada de las costumbres de la Corte, con todas sus vanidades y sus pequeñeces, le había conducido a ciertas reflexiones bastante desagradables para sus contemporáneos, y que luego comunicó a sus corresponsales de Canarias. Al mismo tiempo, acordándose de la Vª Satira de Boileau, en que el poeta francés se divertía a costa de una aristocracia ociosa y presuntuosa, se puso a traducirla, a pesar de la crítica violenta que representaba contra la sociedad que, todo bien mirado, le hacía vivir. En esta aristocracia que pasea por las calles de Aranjuez sin saber en qué emplear su tiempo, él no ve más, como su modelo francés, que su perfecta inutilidad y su orgullo inconmensurable:

*Mal haya el día en que las gentes vanas
Trataron mal nuestras costumbres sanas
En el tiempo feliz que la inocencia
Daba sólo el honor y la excelencia...
Mas luego a ver, con sentimiento doble,
Hecho el honor villano, el vicio noble
Y que el orgullo atroz, para ser algo,
Domina al mundo a título de hidalgo.*

³² *Canto del sentimiento*, en las *Poesías* del manuscrito de El Museo Canario.

Hoy, añade el poeta, los mismos títulos cuentan menos que el dinero. Un noble sin dinero no será nunca bien venido en la corte, mientras que cualquier extranjero advenedizo que tenga dinero,

*aunque su nombre
Cometa sea de ayer, dirá que es astro
De antiguos brillos Salazar de Castro.*

Esta traducción no se publicó nunca. Sin embargo, la razón debe buscarse menos en la violencia de su sátira, que en el hecho de ser su autor todavía poco conocido y de no serle muy fácil hallar editor. Efectivamente, de la misma época datan otras composiciones suyas, que también quedaron inéditas, aunque de un tono más sosegado. Entre estas obritas contamos una traducción de la *Apología de las mujeres* de Perrault, largo sermón versificado cuyo único interés parece estribar en la circunstancia que ocasionó la versión española, si ésta se debe, como lo imaginamos, a la intención del marqués de Santa Cruz de casar a su hijo y alumno de Viera, el joven marqués del Viso. También parece pertenecer a la misma época la traducción de la anacreóntica de Blin de Sainmore titulada *Los Sentimientos afectuosos*, de la cual no hemos logrado encontrar ninguna copia, y cuyo original es una de las mil producciones idílicas de descolorida abundancia, que salieron en las huellas de los Gessner y de los Florian.

El teatro parece haber sido uno de los primeros descubrimientos hechos por Viera en París. De todas formas, de esta época data su interés por la producción trágica de La Harpe, tanto más que una de estas tragedias, *Les Barmécides*, había sido representada por primera vez en 1778. Con este motivo parece que hubo una discusión literaria sobre el valor de la obra, en la misma casa del duque del Infantado, en la que el duque de Braganza fué quien más criticó a La Harpe³³. Hay que añadir que su opinión respondía a la de la crítica francesa en general, pues la tragedia de La Harpe, como sus demás composiciones dramáticas, no había sido bien recibida ni por el público, ni por los periódicos. Con todo, ya se había despertado la curiosidad de Viera; apenas volvió a Madrid, cuando pidió a su amigo Cabanilles que se le enviase el texto publicado de *Los Barmécidas*, en que quizás le habían interesado las preocupaciones políticas y la declamación liberal, en el gusto del teatro de Voltaire.

Después de establecido definitivamente en Gran Canaria, tuvo en fin tiempo de volver a ocuparse de esta tragedia, que tradujo por

³³ Carta al duque del Infantado, de Valencia, de 6 de Noviembre 1778. Véase, para las condiciones generales de la influencia del teatro francés en España, CHARLES B. QUALIA, *The vogue of decadent French tragedies in Spain 1762-1800*, en «Publications of the Modern Language Association», LVIII (1943), p. 149-62.

entero en 1795. Difícilmente se comprenderá ahora por qué razones se decidió a emplear su tiempo en un trabajo que interesaría muy poco al lector de nuestros días. El asunto es complicadísimo y la tramoya melodramática como en la mayor parte de las tragedias de la decadencia postclásica. Se trata de la historia del vizir Barmecida, quien el califa Harun al Rachid ha condenado a muerte y que, sin embargo, ha sido salvado, sin que nadie lo sepa, por intervención de un criado fiel. El propio hijo de Barmecida llega a ocupar el puesto de vizir; y al conocer su ilustre origen y el crimen del califa, entra en una conspiración, cuyo objeto es el asesinato de éste, con el propósito de vengar a su padre, de quien nada sabía antes y a quien considera muerto desde largo tiempo. Estos proyectos son contrarrestados por la intervención del mismo Barmecida, que vuelve para salvar la vida de quien ha ordenado su muerte. El interés se pierde entre los mil rodeos de una acción muy embrollada. En realidad, se trata de una tragedia política, destinada a hacer resaltar el drama interior del viejo ministro, injustamente condenado por un amo a quien admira, y que sin embargo lo protege contra una conspiración dirigida por su propio hijo, porque se da cuenta que no debe confundir sus disgustos personales con el interés del Estado. Posiblemente este tema es el que más había interesado a Viera; sin embargo, es el que menos se nota en su traducción.

¿ así lo mismo se pudiera decir de su otra traducción de *La Harpe*, que es la de la tragedia del *Conde de Varvik* (1795). El asunto está sacado de la historia de Inglaterra en la época de la Guerra de las Dos Rosas. En resumen, es el drama del capitán a quien solicitan al mismo tiempo su deber de soldado y su sed de venganza contra un rey injusto y desagradecido. Como siempre en las tragedias de *La Harpe*, el deber cívico es el que vence, sin que lo generoso de tal sentimiento baste para sostener el interés de la acción.

Continuando su tenaz campaña de traducciones, de las cuales ninguna ha visto todavía la luz pública, Viera tradujo en 1800, uno tras otro, *Junio Bruto* de Voltaire y *Mustafa y Zeangir*, tragedia en la cual Chamfort refería la muerte del hijo del gran Solimán, a consecuencia de las malas artes de su madrastra, la célebre favorita Roxelana³⁴. Al año siguiente le vemos traduciendo la tragedia de Escipión Maffei, *La Merope*. Se trata, esta vez, de una obra italiana; sin embargo, es cierto que su atención había sido despertada por la lectura de Voltaire, que tiene también su propia *Merope*, influida por la del autor italiano y muy a menudo comparada con ésta³⁵.

En fin, en los últimos años de su vida, conseguidas la quietud y

34 Cf. AL. CIORĂNESCU, *La Soltane de Gabriel Bounin et ses sources*, en «Balcania», VII (1944).

35 PIERRE FOURNIER, *Essais sur la Merope du marquis Scipion Maffei et de Marie-Arouet de Voltaire*, Sassari 1905.

la serenidad de los clásicos, es interesante ver a Viera y Clavijo dedicándose a la traducción de dos obras de Racine, *Mithridate* y *Berenice* (1812). Esta vez, la elección fué más inspirada; y éstas parecen ser, entre todas las traducciones de Viera, las que merecerían ver la luz de la imprenta. Claro es, como ya se ha dicho, que no hay que buscar en ellas una inspiración poética, que no fué nunca la calidad dominante del traductor; tanto menos en esta última producción de su pluma, un año antes de su muerte, cuando ya no le ayudaban mucho las Musas, que, como lo dice con gracia él mismo, “son mozas, y por lo mismo desdeñan a los que ya no lo son”³⁶. Además, para expresar las calidades musicales del verso de Racine, haría falta algo más que el endecasílabo blanco por el cual Viera despacha todas sus traducciones. Sin embargo, las de las tragedias de Racine tienen mucho mérito, por la corrección, la elegancia y la fidelidad, que las hacen susceptibles de servir todavía al estudioso y al aficionado a la buena literatura.

Al lado del teatro y todavía más que él, el poema didáctico fué una de las pasiones literarias de Viera. Esto se explica no sólo por influencias de la moda francesa, que había producido en la segunda mitad del siglo un número tan grande de poemas didácticos de tan reducido relieve; sino también por las inclinaciones del espíritu del autor, cuyas intenciones pedagógicas hemos tenido ocasión de señalar. El género de la poesía didáctica respondía de la manera más natural a su concepción de la misión de la poesía en general; y esto basta para explicar por qué tan a menudo empleó esta forma poética.

La más antigua de sus traducciones de esta clase, parece haber sido la del poema de *La Religión* de Luis Racine. Seguramente la versión de dicho poema es anterior al año 1778, pues el traductor dice en su prólogo que el marqués de Viso vivía aún cuando él concluyó su obra. Ésta quedó desde entonces preparada para la impresión y presentada a la censura. Examinada por los capellanes de San Isidro de Madrid, se le tributaron elogios por la calidad de la obra y de la versión, aunque se le hizo al mismo tiempo la recomendación de incluir en el texto las notas que le acompañaban en francés y que parecían al censor de gran provecho moral e intelectual.

Por no estar de acuerdo con este punto de vista, o por no haber tenido tiempo para realizar en seguida el deseo expresado por sus censores, o por cualquier otra razón, Viera no se preocupó más de este proyecto, hasta que, al llegar a Canarias, tuvo tiempo para traducir las notas que se le pedían. Su manuscrito así completado se encontraba ya en las manos del impresor Blas Román de Madrid, cuando se publicó, con gran sorpresa y no poco disgusto de Viera,

³⁶ Carta al marqués Villanueva del Prado, de Gran Canaria, de 25 de Julio 1789.

BIBLIOTECA MUNICIPAL
SALA DE LEYER



D. JOSÉ DE VIERA Y CLAVIJO
GRABADO POR PEDRO HORTIGOSA



D. JOSÉ DE VIERA Y CLAVIJO
POR OSSABARRY, CATEDRAL DE CANARIAS

otra traducción del mismo poema, hecha por Romanillos. No poco extrañaba al poeta canario el ver que se acordaba el visto bueno para la impresión, por los mismos censores que habían autorizado su propia traducción, y que sabían que ésta última estaba ya para imprimirse.

Posiblemente todo esto tenía alguna relación con los demás disgustos y conflictos de Viera con la censura a la cual había pertenecido él mismo; y no es imposible se trate de una pequeña venganza de quienes no quedaban muy satisfechos de la forma en que Viera había cumplido su misión. De todas formas, la traducción de Romanillos no había logrado desanimar a Viera, que se preparaba, a pesar de ello, a imprimir su propia versión, cuando de pronto se le anunció de Madrid que acababa de salir otra traducción más del poema francés, debida a un tal Bernardo de Calzada. Este nuevo acontecimiento le decidió a renunciar a su propósito y hacerse devolver el manuscrito enviado al tipógrafo³⁷.

Sería inútil insistir sobre el poema del hijo del gran Racine, que fué una de las obras más leídas y más conocidas del siglo XVIII, y de las que tuvieron mayor número de ediciones. La traducción en español no representa mayor dificultad que la de todas las empresas del mismo género; y hay una prueba de esto en la circunstancia que tres traductores españoles habían pensado en ella casi al mismo tiempo. Sin embargo, a Viera le pareció conveniente contentarse, una vez más, con una versificación sin rimas, pretextando que de otra forma hubiera sido "empresa insuperable a la verdad, si se intentase transformar el verso francés alejandrino en nuestro riguroso endecasílabo rimado; pero trabajo de pura diversión y descanso de mayores tareas, si sólo se contenta el amor propio del poeta con una especie de simple romance histórico, cual es el que ofrecemos al público".

Ya hemos tenido antes oportunidad de hacer mención de su otro poema didáctico, de los *Ayres fijos*, y de las circunstancias de su composición. En el diario del viaje de Viera a Francia se encuentra el relato bastante detallado de las clases seguidas por él en el laboratorio de Sigaud-Lafond; pero no se había notado todavía que este mismo resumen ha servido de base a la composición del poema, en el mismo orden y con los mismos particulares³⁸.

El primer canto trata de la preparación del gas carbónico, por el contacto del ácido sulfúrico con calcio, y de las calidades de este

37 Carta a Pedro Lozano, bibliotecario del marqués de Santa Cruz, de Gran Canaria, de 13 de Enero 1787.

38 No parece que Viera haya sabido, al publicar su poema, que Sigaud-Lafond acababa de publicar en París un *Essai sur les différentes espèces d'air fixe* (1799), que contiene toda su doctrina y sus experiencias acerca de los gases.

gas, según resultaban de las experiencias de Sigaud-Lafond. En el segundo se presentan la preparación y las propiedades del gas inflamable, que hoy llamamos hidrógeno, con una nueva teoría, basada sobre su presencia, de los truenos y de los terremotos. El siguiente habla del gas nítrico o azoe, y el cuarto del “aire desflógisticado puro”, o sea el oxígeno, como también de un gran número de otros gases menos importantes o menos estudiados. A este cuarto canto, que era el último en la edición de 1780, el autor añadió al año siguiente otro dedicado a los gases vegetales, sobre los cuales habían llamado su atención los experimentos de Ingenhousz, a quien había conocido personalmente en Viena³⁹. En fin, un año después, un sexto canto completó el poema: el tratado de los gases empleados en la aeronáutica.

Los cuatro primeros cantos del poema son imitación directa, si no de un modelo poético, de las clases de química seguidas por el autor en París. Pero no se puede decir que Viera tenía el propósito de ocultar sus fuentes, pues su invocación va dirigida al mismo profesor que le había revelado el secreto de los gases:

*Ven tú, Sigaud, ven tú, maestro mío,
Y pues con tus exemplos y lecciones
Me enseñaste a volar tal vez con brío
Por estos nuevos ayres y regiones,
Tú solo debes ser la sabia Clio
Que temple el plectro y dicte mis canciones,
Para que pueda con cincel robusto
Esculpirlas mi amor bajo tu busto,*

es decir, en el laboratorio madrileño del marqués de Santa Cruz, donde dominaban, con su busto, el espíritu y el recuerdo de Sigaud.

Otro poema, dedicado a *La Elocuencia*, no vio la luz durante la vida del autor⁴⁰. Se trata otra vez del resultado del entusiasmo parisiense de Viera, pues no es más que la traducción del poema con el mismo título, publicado por La Serre en 1778, cuando Viera se encontraba en la capital francesa⁴¹. Además, él mismo reconoce que su interés por dicha obra fué despertado por el elogio que de ella había hecho Marmontel en «El Mercure de France».

39 Johann Ingenhousz (1730-1799), holandés por su origen, se encontraba en Viena como médico de la familia imperial, cuando Viera vino a esta ciudad, en la comitiva del marqués de Santa Cruz. Publicó varios trabajos, en inglés y en alemán, sobre todo acerca de la actividad respiratoria de las plantas.

40 Hay una edición publicada en Las Palmas, en 1841: *La Elocuencia, poema didáctico en seis cantos*.

41 JEAN-ANTOINE DE LA SERRE (1722-82), profesor de elocuencia en el Colegio de Lyon, autor de *L'Eloquence, poème didactique en six chants*, Lyon 1778.

Esta vez, la traducción representaba efectivamente un problema más delicado, pues, como lo dice el prólogo del traductor, no era fácil “acomodar al gusto español una obra de retórica que por todas partes no me presentaba sino alusiones francesas y ejemplos de oradores franceses”. En efecto La Serre partía, como era natural, de las realidades francesas y se refería siempre al ejemplo de los grandes escritores del siglo clásico, circunstancia que quitaba todo el interés de la obra para el lector español. Para acercarse más a su comprensión hacía falta adaptar el poema a las condiciones de la literatura nacional. La empresa no era fácil; sin embargo Viera se propuso efectuarla, después de establecido en Gran Canaria, “en el retiro de una isla donde hay sobrado tiempo que desperdiciar y donde, si no se cultiva la imaginación, insensiblemente se hace agreste”.

Su labor le ocupó dos meses y medio del año de 1787, es decir, mucho más de lo que concedía de costumbre a tales trabajos. Así y todo, el resultado, que parece haber sido muy a su gusto, no responde a las promesas del prólogo. El lector español está obligado a escuchar el elogio de un gran número de autores franceses que posiblemente no conoce. Los pocos nombres españoles añadidos por Viera, como, por ejemplo, algunas menciones breves de Cervantes o del Padre Isla, sólo aparecen, sin más particulares, cuando se trata de evocar la idea de gran escritor en general. En fin, a los nombres de Corneille y Racine, considerados como los mejores poetas trágicos, Viera añade el de Metastasio; y con esto acaba la serie de las transformaciones que introdujo en el texto original.

Claro es que esto no basta para facilitar la lectura a un público español. En cuanto a la calidad poética de la traducción, se pueden aplicar muy bien al mismo Viera los versos traducidos por él de La Serre, pues cuando habla de la frialdad de ciertas composiciones didácticas, pensamos en seguida en los *Ayres fixos* u otras composiciones del mismo tipo:

*Filósofos que en amplios raciocinios
Con el compás medís voces abstractas,
Vosotros no me dais sino instrucciones,
Cuando era menester que me animarais.
Más necesito yo sentir las cosas
Que conocerlas, y en las doctas tablas
Donde pintan verdades y virtudes
Haced que me interese el estudiarlas.
No me iluminéis, sólo enterneedme:
No me basta pensar, querer me falta.*

Tal actitud era natural en La Serre, cuya reacción es la de un “hombre sensible” como todos sus contemporáneos, que conceden al sentimiento una importancia por lo menos igual a la de la razón.

Siguiendo sus huellas, Viera se propone el mismo ideal estético, no sólo porque se lo impone su modelo, sino también porque él mismo sufrió la influencia del pensamiento contemporáneo, que ensalza el estado de naturaleza, la ingenuidad de los sentimientos y las virtudes de la ternura universal.

No es difícil darse cuenta que Viera hizo esfuerzos para insertarse en esta visión del mundo, que fué la de los Gessner y Delille, después de haber sido la de Rousseau. Más de una vez se encuentra en sus escritos la busca del sentimiento y de la expresión sentimental. El estilo "sensible" de Raynal le enternece, y en la traducción de la *Eneide* emprendida por Iriarte le gustaría encontrar "la imaginación de Virgilio, el fuego, la filosofía, y aquello que llaman los Franceses *sentiment*"⁴². Sin embargo hay mucho de teoría en la aplicación. Además de no tener el corazón tierno y la facilidad de soltar lágrimas de los zagales de Florian, los mismos asuntos que escoge Viera para sus poemas didácticos no parecen ser los más propios para mostrar su afectividad y su ternura. Sería difícil obtener semejantes efectos a base de una exposición de la química de los gases, por ejemplo. Posiblemente el autor pensaba acercarse más a esta especie de efectos poéticos, cuando se propuso cantar *Las Bodas de las Plantas*⁴³; pero también en este asunto, el más gracioso y el más comúnmente invocado entre cuantos ofrece la poesía universal, su exageración científicista paraliza sus intenciones.

Tampoco será fácil enternecerse cuanto lo quiso el autor, sobre un poema consagrado a *Las Costumbres* (1795), a pesar de que su objeto es la felicidad de la vida patriarcal. En su prólogo, el traductor reconocía que el poema no era más que la versificación de una obra de Servan, abogado al Parlamento de Grenoble⁴⁴. "La ejecución" añade Viera "ha sido obra de pocos días; por tanto no crea el lector que yo le atribuyo otro mérito que el de una ocurrencia feliz, ni que aspiro a otro lauro que al de facilitarle en nuestro idioma la flor de aquel tratadito francés". Será, pues, excusado decir que su parte de contribución personal queda tan reducida como en los demás poemas suyos. Sólo el tercer canto abandona el camino que le enseñaba el tratado de Servan, pero no para aventurarse por vías incógnitas, sino para intercalar la imitación versificada del capítulo de las *Aventuras de Telémaco* que relata las costumbres jurídicas de la Bética.

42 Carta al marqués Villanueva del Prado, de Gran Canaria, de 23 de Octubre 1788. Véase también el citado *Canto del sentimiento*, en el tomo de *Poetas* manuscritas de El Museo Canario.

43 *Las Bodas de las Plantas*, obra póstuma de D. J. VIERA Y CLAVIJO, Barcelona 1873.

44 ANTOINE-JOSEPH-MICHEL SERVAN (1737-1807), autor de un *Discours sur les moeurs*, Grenoble 1767.

Entre los numerosos poetas didácticos franceses, Delille parece ser, con justicia, el que más le interesó a Viera. También había tenido la oportunidad de ver en París a este poeta; pero en este caso su admiración está más justificada que en el de La Blancherie. El caso es que si hay entre las producciones didácticas de este tiempo algunas que merezcan que se les sacuda el polvo, serán sin duda las de Delille. Éste tuvo las dos calidades más raras en el género didáctico, la sensibilidad y la musicalidad; aquélla logra animar más o menos el cuadro inmóvil de tales composiciones, mientras que la última añade los colores al movimiento. La superioridad de sus poemas, comparados con la abundante producción contemporánea, y el éxito que tuvieron en Francia, explican por qué Viera tradujo dos de sus obras.

El poema español *Los Jardines* data de (1790)⁴⁵. Parece que Viera fué estimulado a emprender esta traducción por una conversación con Jovellanos, quien le había expresado su gran deseo “de que hubiese quien pusiese en verso castellano dicha preciosa obrita; y me parece” anade modestamente el traductor “que respecto al poco tiempo que consumí en este trabajo, pues no excedió del mes y medio, y que lo tomé por pura diversión, no ha salido tan despreciable”⁴⁶.

Aunque nosotros no compartamos hoy tan favorable opinión, parece que algunos de sus contemporáneos estuvieron de acuerdo con ella. Una copia manuscrita de la traducción fué presentada por Viera a su protector, el marqués de Santa Cruz, y es probablemente la que se conserva hoy en la Biblioteca Nacional de Madrid. Otra copia fué entregada a Cabanilles, para ser presentada al duque del Infantado. Por ser el asunto tan parecido a sus propias preocupaciones de botánico, el poema gustó sin duda a Cabanilles; en cuanto al duque, estaba tan favorablemente dispuesto hacia el poema y su traductor, que se proponía imprimir a su costa el primero⁴⁷. Pero este proyecto no se realizó, por razones que desconocemos.

Sin embargo, la circunstancia de no encontrar en seguida la posibilidad de asegurar a su producción literaria la difusión por medio de la imprenta no desanimaba mucho a nuestro escritor. El éxito de sus empresas literarias le importaba menos de lo que se pudiera

45 A. MILLARES-CARLO, *Ensayo de una bio-bibliografía de escritores naturales de las islas Canarias*, Madrid 1932, indica la fecha de 1781. Sin embargo, en la *Advertencia del traductor*, al principio del poema *El Hombre en los campos*, escribe Viera: “Yo había traducido en 1790 el otro bello poema suyo de *Los Jardines*”. En 1792, cuando se presenta el manuscrito de este poema al duque del Infantado, se trata evidentemente de una producción reciente del traductor. La copia de la Biblioteca Provincial de La Laguna lleva la fecha 1796; pero no se trata de un autógrafo.

46 Carta al marqués de Santa Cruz, de Gran Canaria, de 2 de Mayo 1791.

47 Carta a Cabanilles, de Gran Canaria, de 9 de Abril 1792.

pensar. Sabemos además, que se aplicaba a sí mismo, quizás con demasiada complacencia, el precepto de Propercio:

in magnis et voluisse sat est,

que casi había llegado a ser su divisa.

Así pues, cuando el marqués de Villanueva del Prado le envió, diez años más tarde, un ejemplar de la última producción de Delille, *Les Géorgiques Françaises*⁴⁸, nuestro autor comprendió muy bien la invitación que se le hacía indirectamente, y tradujo casi inmediatamente el nuevo poema, procediendo, como siempre lo hacía, “con aquella juiciosa libertad que es indispensable si se quiere que una poesía francesa salga en español más flúida, más concisa y en algunas cosas más perfecta”.

Difícil sería examinar en qué consiste esta superioridad del traductor. Sin embargo, es verdad que, esta vez, Viera interviene, más a menudo, con sus gustos y juicios personales, modificando a veces el texto del poema, con objeto de hacerlo más inteligible y más agradable para el lector español. No será, pues, inútil analizar sus métodos de traducción partiendo de las libertades que se permite con el texto original.

En parte, su intento es explicado por el mismo traductor. “Como el señor Delille introduce en su poema algunos puntos que le eran demasiado personales, o relativos a juegos, individuos y acontecimientos políticos de su país, en los cuales tenemos aquí poquísimo interés”, Viera deja a un lado, deliberadamente, todos los episodios o detalles que se refieren a costumbres típicamente franceses, al mismo tiempo que la mayor parte de las notas de erudición y las explicaciones que acompañan el texto francés.

Así, en el primer canto, consagrado al placer y a las ventajas de la vida en los campos, el traductor elimina un gran número de versos que relataban el error de algunos nobles franceses, que iban a los campos acompañados de todo equipo y aparejo de sus palacios de la Ciudad, con objeto de no perder alguno de sus hábitos de comodidad y de bienestar; más unos 80 versos sobre las ocupaciones comunes en los salones franceses del tiempo; juegos de azar, discusiones políticas o lectura de gacetas y de los últimos libros de literatura. También se pierde en la traducción el retrato caricatural del maestro campesino, pintado por Delille sobre el modelo que le ofrecía Goldsmith. Este retrato, que hacía resaltar más que todo la incapacidad del maestro y los defectos del sistema pedagógico, tal como lo concebía todavía el siglo XVIII, no concordaba ni con el gusto de Viera para la pedagogía, ni con las reali-

48 Carta al marqués de Villanueva del Prado, de Gran Canaria, de 5 de Septiembre 1801. La traducción de Viera se titula *El Hombre en los campos, o las Géorgicas francesas*.

dades españolas, donde el maestro era sustituido casi siempre por el cura; así que sólo encontramos en el texto de Viera una breve alusión a la misión confiada al sacerdote, pues

*De los amables chicos de mi villa
Él es también el principal maestro.*

En el canto siguiente desaparecen el paso referente a las nuevas máquinas agrícolas, invenciones cuya utilidad era discutida por el autor francés; las alusiones a la anglomanía de los franceses, fenómeno tan general en el siglo XVIII; y también, por razones que no acertamos, el cuadro bucólico de la familia trabajando al campo.

En general, Viera no traduce los pasajes con carácter demasiado personal, como, por ejemplo, el paso referente al parque de Géménos, en Provenza, donde Delille había hecho una larga estancia y cuya mención es, más que todo, un acto de gratitud por parte del poeta. Los nombres propios citados por éste son sustituidos algunas veces por otros nombres, más conocidos por el público español; el nombre de Boileau es trocado por el de Horacio; y cuando, por la observación de los juegos de la primera infancia, Delille se proponía acertar sus dotes naturales, reconociendo ya en los futuros Régnier, y Boileau, Viera no busca entre ellos sino un "Jorje Juan, un Condillac, un Locke"⁴⁹. En realidad, cada uno de estos detalles tiene en sí mismo poca importancia; sin embargo, todos ellos contribuyen, por su número, a modificar el ambiente del poema francés, y casi hacerlo cambiar de nacionalidad.

El último poema didáctico de Viera y Clavijo es una imitación todavía más libre. La fuente de *Los Meses* es indicada por el mismo autor, en el poema con el mismo título de Roucher⁵⁰. El poeta francés, que ya había muerto en la guillotina, probablemente sin que esta noticia hubiere llegado a los oídos de Viera, lefa pasos de su poema en los salones de París, en la misma época en que el escritor canario frecuentaba las tertulias de La Blancherie. Allí sería donde Viera tuvo oportunidad de escucharle; y como años más tarde, en el aislamiento de Gran Canaria, se acordó de todo lo que le había conmovido y entusiasmado en París, también se acordó del poema de Roucher, y se puso a imitarlo en un nuevo poema.

49 Sólo un error, o mejor una inadvertencia, pero bastante divertida, hemos notado en la traducción. Allí donde Delille escribe:

*ainsi des rochers de la Suisse
S'unit à nos tourcaux la féconde génisse,*

Viera traduce:

*Verás sobre las rocas de la Suiza
Que el toro se une a la fecunda yegua.*

50 Hay una edición póstuma: *Los Meses, poema*. Santa Cruz de Tenerife 1849.

Esta vez sólo se sirvió Viera de la trama de su modelo. Esto, además, era tan imprescindible como el respetar el orden de los meses y de las estaciones. Por lo demás, su traducción no es muy fiel, pues muchísimos episodios fueron añadidos por el traductor, sin que se pueda decir por tanto que estas añadiduras son creaciones suyas. En realidad, en la mayoría de los casos, los detalles que no se encuentran en el original de Roucher fueron tomados por Viera en las mismas *Géorgiques françaises* de Delille, que ya había traducido íntegramente por otro lado.

Así, los versos en los cuales, en el poema de Viera, se hace mención del tiro de pichones entre los juegos y deportes del campo en el mes de Mayo, son traducción fiel de un paso final del primer canto de *L'Homme des champs*. En el mismo canto se encuentra la descripción, igualmente copiada por Viera, de la caza del ciervo, con todas sus peripecias. Hay también interesantes analogías entre el cuadro de los Alpes, tal como lo pinta Delille en su tercer canto, y la descripción de las montañas en el poema de Viera. En fin, la invocación dirigida por Delille a la bondad del rico que con su discreta intervención,

*Corrige les saisons, laisse à l'infortuné
Quelques épis du champ par ses mains sillonné,*

explica la aparición del mismo detalle en el poema de Viera, donde

*El segador que deja deslizarse
Esta espiga o aquella sobre el surco,
Ve que le sigue una cuadrilla amable
De espigadoras pobres que las cogen.*

Sólo de paso haremos mención de otras traducciones de Viera. Algunas, como *El Rizo de cabellos robado* de Pope (1803)⁵¹, *Ensayos sobre el hombre* por el mismo autor (1801), o el *Aristo* de Gessner, no pertenecen a la literatura francesa, y sin embargo fueron hechas sobre textos franceses intermediarios. Esta circunstancia confirma la impresión ya formada de la completa sujeción de Viera a las modas literarias de Francia. El caso de traducciones hechas sobre intermediarios franceses no es raro en este siglo de cosmopolitismo, durante el cual Francia sirvió muy a menudo de mediador entre las civilizaciones germánicas y latinas. La traducción del *Ensayo sobre el hombre* fué hecha sobre la versión francesa de Resnel. Sin embargo, Viera conocía sin duda, por haber sido publicada a continuación de *La Religión* de Luis Racine, la carta en que Pope expresaba su des-

⁵¹ Inédita, como las demás. Es interesante notar que la sola traducción castellana de la misma obra, que haya sido publicada, *El Rizo robado*, por Alejandro Pope, traducido al castellano por el traductor del *Ensayo de la Crítica del mismo autor*, Las Palmas 1851, es debida al doctoral Graciliano Afonso, natural de La Orotava.

contento por la forma en que su pensamiento había sido presentado por este traductor. Si a pesar de esto, Viera se limitó al texto de Resnel, es que seguramente no sabía, en el momento de emprender su traducción, que había ya salido en Francia otra traducción del mismo poema, la de Fontanes (1783), que tuvo, además, mayor aceptación; y esto por no hablar de la versión de Delille (1813), pues ésta fue publicada mucho más tarde, después de la muerte de su autor.

Por lo que se refiere a la traducción del idilio de Mme. Deshoulières, *Hélas, petits moutons* (1801) y a la *Conversación del mariscal de Hocquincourt con el Padre Canaye, Jesuíta*, sólo se conocen estas dos obritas por la mención que hace de ellas Viera, en sus *Memoorias literarias*. En fin, los *Cuentos de niños* de Berquin⁵² y la *Moral de la infancia* (1800) de Charles Morel, pertenecen más a las actividades pedagógicas de nuestro canario, que al capítulo de sus ambiciones literarias.

Pero cabe, antes de terminar el estudio de estas traducciones, decir algo sobre la de *La Henriade*, que es sin duda la más interesante de todas ellas. Por lo que precede, ya no es difícil comprender que encontramos en Viera un espíritu franco y emancipado, poco dispuesto a inclinarse ante las rutinas y los prejuicios. Ya no hace falta insistir sobre la independencia de sus opiniones, ni sobre su afición para todas las ideas que venían de Francia. Sin embargo, aun sabido todo esto, resulta sorprendente encontrar una traducción hecha por él del poema de Voltaire que, desde el punto de vista de un sacerdote español, difícilmente hubiera podido considerarse como una lectura recomendable para españoles.

Claro es que Viera pudo explicar con relativa facilidad su decisión, por la necesidad de hacer conocer a sus compatriotas una obra maestra de la literatura, generalmente aplaudida en toda Europa. De hecho, *La Henriade* todavía no había sido traducida en español y si España tenía evidente repugnancia por esta obra, era porque “el nombre demasiado famoso del autor no le era nada grato, y temía que bajo la dulzura de unos versos pomposos se bebiese el sutil veneno de algunas sentencias enérgicas, pero duras, y por consiguiente disonantes a nuestros oídos delicados”. Luego añade, para no asustar a sus lectores, que no les presentará sino un texto expurgado, “modificando y haciendo dihnos de la lectura española los pasages que pudieran vulnerar el crédito de su gobierno y de sus armas, no menos que el respecto debido a Roma, a la religión y a sus ministros”.

⁵² Traducción hecha en 1784, para los dos niños del marqués de Santa Cruz. Hay una edición de 1804, sin indicación de imprenta: *Cuentos de niños que instruyen divirtiendo. Obra extractada de buenos autores principalmente de la que con el título del Amigo de los niños publicó en París M. Berquin, y fué premiada por la Academia Francesa.*

Todo esto puede ser que baste para tranquilizar los espíritus. Efectivamente, *La Henriade* era un poema que, por varias consideraciones, merecía ser conocido; y pues Viera y Clavijo se ofrecía, en su doble calidad de sacerdote y de español, a darle vestido castellano conveniente, no había, pues, de qué alarmarse. Sin embargo, como de costumbre, el traductor promete más de lo que ofrece. Sus modificaciones casi no tienen importancia, y apenas logran atenuar el “libertinage” de las ideas de Voltaire.

No cabe insistir más sobre el carácter y el alcance del célebre poema. Bordado sobre el cañamazo de las guerras civiles de Francia, terminadas con la elevación al trono de Enrique IV, su fondo ideológico constituye la condena a la vez de los últimos Valois, de su incapacidad política, del fanatismo de los partidarios de la Liga francesa, de la intervención española y de la actitud del Pontífice. Nada de esto se pierde en la traducción de Viera; y tampoco hubiera podido perderse, pues las opiniones del autor están tan íntimamente mezcladas con la materia histórica de su narración, que no sería posible separarlas.

Naturalmente, el traductor logra apartar algunos versos aislados, como por ejemplo, al principio del poema:

Rome s'en alarma, les Espagnols tremblèrent.

Sin embargo, toda la obra no deja de ser consagrada al héroe insigne
que infundió espanto
A Mayenne, a la Iberia y a la Liga.

Las orígenes de la guerra civil no cambian, y no pueden cambiar, en la versión de Viera, pues todos los esfuerzos de Voltaire tienden a probar que

De la Religión el zelo impertinente
Puso al Francés las armas en la mano.

La matanza de la noche de San Bartolomé, tal como la cuenta Enrique a la reina Isabel de Inglaterra, representa la antítesis de la tradición católica, pues responde al punto de vista de los protestantes; hasta a tal punto, que la muerte de Coligny es pintada como el asesinato de “un rey glorioso y adorado”, a quien sus mismos asesinos no pueden dejar de admirar. Al mismo tiempo, el papel reservado a España no tiene nada de brillante, y su rey es

aquel déspota temido,
Político opresor de toda Flande.

Bien es verdad que la tirada original era todavía más dura:

des Flamands l'opresseur politique,
Ce voisin dangereux, ce tyran catholique,
Ce roi dont l'artifice est le plus grand soutien;

y también es verdad que Viera no tenía en particular estima o afectación a la gran figura de Felipe II. Sin embargo, más adelante el soberano de España se encuentra asociado a Sixto V, igualmente condenado sin remisión por el poeta francés. El cuadro que pinta Voltaire de la corrupción romana no tiene sino pocas atenuaciones en la versión de Viera; y el retrato excesivamente malévoló del Pontífice ha sido traducido no sólo con fidelidad, sino hasta con algún encarecimiento, de que dará cuenta la mera comparación de los dos textos:

*Sixte alors était roi de l'Eglise et de Rome.
Si pour être honoré du titre de grand homme
Il suffit d'être faux, austère et redouté,
Au rang des plus grands rois Sixte sera compté.
Il devait sa grandeur à 15 ans d'artifices,
Il sut cacher 15 ans ses vertus et ses vices,
Il semblait fuir le rang qu'il brûlait d'obtenir
Et s'en fit croire indigne afin d'y parvenir.*

No sería justo tachar de infiel la traducción que da a este pasaje el autor canario:

*De la Iglesia y de Roma era rey Sixto,
Y si el ser un gran hombre consistiera
En ser temido, austero y reservado,
Sixto lo debió ser. En la eminencia
De su silla exaltado desde el polvo,
El pastor de Montalvo a competencia
Rival de los monarcas, como en Roma
Quería dar en París leyes y reglas.
A quince años de mañas y de artificios
Había debido tan feliz grandeza,
Pues procuraba parecer indigno
Para llegar por último a obtenerla.*

Inútil será insistir sobre los demás detalles del poema de Voltaire, tales como la Discordia aposentada en el palacio del Papa, su intervención constante en los asuntos de la Iglesia, y la continuación de la guerra civil de Francia, que termina con la derrota del fanatismo. Todo esto se encuentra reproducido con la misma fieldad en la versión de Viera, y quizás explica por qué esta traducción no pudo ser publicada. Por lo menos servirá su examen para evidenciar, si todavía hace falta evidenciarlo más, hasta qué punto nuestro autor estaba impregnado de las ideas de su siglo, y a cuáles extremos llegaban su espíritu de tolerancia y el liberalismo aprendido en la escuela de Voltaire.

Por otro lado, esta escuela había influido también sobre su actividad literaria, desde un punto de vista más estrictamente literario. En otro poema de Viera, original y poco conocido, *El segundo Aga-*

tocles o Cortés en Nueva España (1778), presentado a un concurso académico, pero no premiado, y por tanto inédito, volvemos a encontrar la influencia de *La Henriade*, bien en la invocación dirigida a la Verdad, o en la descripción del palacio de Montezuma, en donde

*Veriais escoltando al alto trono
El vil Recelo y pálida Sospecha,*

o en la aparición de la misma Discordia en las filas del ejército español.

* *
* *

Si consideramos su extensión, la influencia francesa en la obra literaria de Viera y Clavijo no deja de sorprender por su importancia. Desde luego, se puede decir que de todas las influencias que se ejercieron sobre su formación intelectual, ésta fué la más importante. Lo que decimos con referencia a la cantidad, ¿se puede repetir por lo que se refiere a la profundidad?

La respuesta será seguramente positiva. La influencia francesa, en el caso de Viera, no se limita a la imitación material de algunos poemas didácticos y a la traducción de algunas tragedias de la época clásica o decadente. Más allá de los textos, hay un espíritu que particulariza al siglo XVIII francés, y que es también el de Viera. Su *forma mentis*, su concepción del mundo, son las de un enciclopedista; la expresión de estas concepciones se encuentra en cada una de las obras más originales de nuestro autor.

Analizando las características del espíritu de Viera y Clavijo, bien se pudiera atribuir su criticismo a una tradición puramente española, ilustrada en el mismo siglo por Feijóo e Isla. Después de haber estudiado el *Teatro crítico universal*, como sabemos que lo hizo, no le hacían ya falta las lecciones y los ejemplos del criticismo francés, la lectura de los Richard Simon, de los Bayle o de los Voltaire, para apropiarse el buen juicio, la sencillez y la claridad que son sus principales dotes de historiador. Sin embargo, la circunstancia de haber querido añadir a esta posición crítica el testimonio afectivo de una alma sensible, aunque no del todo correspondiente a su temperamento, no se explica sino por el ejemplo de todo un siglo, cuya estructura intelectual se basaba en la exaltación del sentimiento, y que preparaba ya la gran floración romántica del siglo siguiente.

La misma multiplicidad de las preocupaciones de Viera debe ser referida, más que a la universalidad de los hombres del Renacimiento, al ejemplo de las curiosidades filosóficas de los enciclopedistas. Además, es bastante fácil probar su admiración por sus contemporáneos franceses, que buscaban una explicación lógica y coherente de todos los detalles de la Creación.

Así, por ejemplo, a los enciclopedistas los defiende como a unos

“escritores sabios”, en su censura del libro del jesuita Hervás y Panduro, intitulado *Idea del Universo*. Como los enciclopedistas, para quienes las ciencias no eran más que otros tantos ramos de la filosofía universal, Viera y Clavijo se propuso estudiar todo este *Sistema de la Naturaleza*, visitando detenidamente el árbol frondoso de la ciencia humana, con la curiosidad de un observador científico, pero también con el cuidado del futuro y del bien de la humanidad; es decir, buscando (quizás inconscientemente) la reunión de las ciencias en un sistema filosófico capaz de explicarlas, y reduciendo después la filosofía a la moral y a la sociología. Así se explica que fuese alternativamente poeta, químico, botánico, historiador, pedagogo y moralista. De tener más sensibilidad y más talento literario, Viera hubiera sido para España lo que fué para Francia su contemporáneo Bernardin de Saint-Pierre. La verdad obliga decir que, salvo en la historia, su intervención no dejó huellas muy hondas; sin embargo, su aparición no es indiferente en ninguno de los campos que cultivó, y su curiosidad tuvo resultados tan abundantes como interesantes.

En cuanto a la influencia de las ideas francesas contemporáneas, parecerá aún más notable su importancia, si se tiene en cuenta la posición particular de Viera, como español y como sacerdote. Para quien haya leído sus obras, resalta con evidencia que sus ídolos son Voltaire y Rousseau, aunque estas admiraciones no sean siempre confesadas por él.

De los escritos de Rousseau había aprendido Viera que el hombre, bueno por naturaleza, no se perfecciona viviendo en sociedad, sino que, al contrario, lo que llamamos generalmente civilización, no es en realidad sino una forma de corrupción causada por la evolución social. A la luz de las concepciones idílicas de Rousseau sobre la sociedad primitiva, será mucho más fácil comprender y juzgar el cuadro que imagina Viera, en su *Historia de Canarias*, de la vida de los antiguos isleños, y los colores, más agradables que la probable realidad, con que pinta su vida patriarcal. Las mismas concepciones sociológicas, basada en la exaltación de la vida natural, en el concepto del “buen salvaje” y en el aborrecimiento de la civilización destructora de los valores morales, nos harán comprender cómo es posible que la llegada de los europeos a las Afortunadas sea considerada por el historiador de estas Islas como una catástrofe que introduce en ellas la traición, los viles intereses, y luego la destrucción del idilio anterior a la conquista.

Del *Contrato social*, y también de las declamaciones antimonárquicas del abate Raynal vienen, en el poema de *Los Meses*, los versos que constituyen como una advertencia a los reyes, sobre sus deberes y el mandato que tienen del pueblo, y que en ciertos casos se pudiera revocar:

*Cuando el pueblo feliz, libre y unido
 Con el candor de un inocente infante
 Al trono os exaltó y os dió sumiso
 Corona, cetro, púrpura y estoque,
 ¿Habéis pensado acaso que os han dicho:
 “De mis bienes, mi vida y mi reposo
 Tú eres el dueño? todo está a tu arbitrio?
 Desenvaina la espada real, degüella;
 Tu antojo es ley, servirte es mi destino?”
 Ah, no, desengañaos; ese pueblo
 Es anterior a vuestro predominio,
 Y si por él reináis, para él reinando,
 De la guerra extirpad los maleficios.*

Esa idea de los deberes del rey, servidor del contrato social más que monarca absoluto, es clara prueba de la aceptación de la tesis rousseauniana sobre los orígenes del poder.

En fin, más allá de todo esto, más allá de los detalles y de las ideas aisladas que puedan venirle de fuentes francesas, notamos en Viera un espíritu libre y tolerante, animado por el permanente propósito de combatir los prejuicios y la intolerancia; y esto más que todo nos hace reconocer en él al discípulo de Voltaire. El liberalismo y la franqueza de su pensamiento, el despejo de su inteligencia y su desdén de las prevenciones corrientes se ven ya en la traducción que dió de *La Henriade*; pero volveremos a encontrarlos no sólo en su actividad de escritor, sino también como aplicaciones a la vida práctica. Sobre todo es interesante estudiar la actitud de Viera como censor; y no parecerá exagerado decir que vemos en él al censor más liberal de cuantos haya habido España en su siglo, y quizás en todos los siglos.

Así, por ejemplo, la circunstancia de ser el libro que se le presenta prohibido por el Índice, no le impide darle el visto bueno para la impresión. El caso es que al enviársele el manuscrito de una *Historia de la Jamayca*, Viera se dió cuenta en seguida que se trataba de la traducción de algunos capítulos de una obra de Raynal, ya condenada por el Índice; con todo, juzgó que sería conveniente censurar sólo algunos pasos del libro. Por lo demás, el texto le pareció digno de la fama del autor; y después de algunas pocas observaciones, que se refieren sobre todo a la calidad de la traducción, su conclusión oficial es que se debe buscar “el mejor modo con que, corrigiendo el traductor estos inconvenientes, puede disfrutar el público del buen deseo que le ha movido al trabajo”⁵³

Será también muy interesante estudiar de más cerca su actividad de censor y sus concepciones artísticas, habida cuenta de la influen-

⁵³ Las citas de las censuras que siguen son sacadas de la colección manuscrita de *Censuras*, en la Biblioteca Provincial de La Laguna.

cia que ejerció sobre su sistema crítico el espíritu voltairiano de tolerancia. Nada se ha hecho hasta ahora en esta dirección, y el asunto es tan importante, que sería imposible tratar de examinarlo ahora. Sin embargo, no podemos dejar de destacar algunos de sus juicios críticos, testimonios de concepciones que parecen pertenecer, más que a un crítico español del siglo XVIII, a un enciclopedista francés.

¿Qué pensar, por ejemplo, de la opinión del sacerdote canario sobre los opúsculos de devoción, entre todos, sobre los referentes a los milagros de la Virgen, “historias de imágenes aparecidas y de santuarios célebres, en donde todos son milagros, portentos y casos prodigiosos, y cuyos autores escriben sin conocimiento de crítica, de filosofía, de elegancia ni de letras humanas”? Es verdad que Viera no propone abiertamente que no se toleren más tales publicaciones; pero es evidente que vería con agrado tomar tal decisión por parte de la Academia, a la que explica que escritos tan ingenuos “no se deben ya multiplicar, por no poder ceder en honor del presente siglo, ni en lustre de la literatura española”.

También, ¿qué debemos pensar del juicio que hace del pasaje en que el panegirista de Felipe II, Baltazar Porreño, calificaba a María Tudor de “santa reina”? “Santa sanguinaria y cruel”, comenta al margen Viera. Tampoco le agrada al historiador canario el autoritarismo de Felipe II, al que trata de la manera más malévola que se puede imaginar. Al mismo tiempo, el *Tratado de la religión y virtudes que debe tener un Príncipe cristiano*, del P. Ribadeneyra, tratado ya clásico en la literatura española, le parecía como “una declamación horrible en favor de la persecución y contra toda especie de tolerancia y paciencia cristiana, y por consiguiente contra todos cuantos vemos practicar en nuestros días entre las naciones católicas”; y hasta llegaba el extremo de aconsejar la prohibición de la mitad de la obra; de donde se puede inferir que la mucha tolerancia llega también a ser intolerante.

De todas maneras, semejantes opiniones, encontradas bajo la pluma de un censor oficial español, en el año de 1780, de seguro parecieron bastante atrevidas a sus contemporáneos. Probablemente su liberalismo dió paso a algunas publicaciones juzgadas poco convenientes con las opiniones comunes; y así nos parece que se deben comprender los disgustos de Viera en los últimos años que pasó en Madrid, y la amargura que expresa muy a menudo su correspondencia de esta época. Más de una vez le vemos quejándose de la incomprensión de sus cofrades madrileños y de la pobreza de su espíritu. Además, cuando relata que cesaron sus funciones de censor, resalta con bastante claridad que esa decisión fué tomada como una sanción, o a lo menos como resultado de la manera en que él había interpretado su misión: “El papel de censor acabó con el año, y parece

que se prohibió su continuación, porque no hube de tratar bien a nuestros RRmos PP y a no sé qué supersticiones no menos reverendas”⁵⁴.

Yendo, pues, más allá de lo que se podía permitir, en la exaltación de las ideas de reciente importación, Viera se encontró en desacuerdo con sus contemporáneos y con el medio en que vivía. No es imposible que sus opiniones llamaran la atención hasta del Santo Oficio, aunque su nombre no se encuentre entre los que cita con este motivo Menéndez y Pelayo. Sin embargo, no se puede sostener que estas opiniones fueron exageradas; ni aun se puede decir que Viera fué lo que hoy llamamos un cosmopolita. El instrumento de la cultura francesa le pareció digno de estima y de admiración; pero esta admiración no parece ser un mero juicio de valor, sino un estímulo considerado necesario, para dar mayor vigor a las energías españolas.

La comparación que él mismo establece entre los dos países, en el momento en que se encontraba en medio de los divertimientos y de las mil atracciones de París, parece concluyente desde este punto de vista. No se trata de admiración beata o exagerada, ni de alabar el mérito de los franceses denegando al mismo tiempo todo mérito a los españoles. Sólo se trata de buscar los medios por los cuales se pudieran aprovechar en la misma España las calidades y las ideas que habían ayudado tan poderosamente al progreso de Francia. Por lo demás, el juicio de Viera parece muy independiente, y merecería ser conocido:

“Creo que nosotros tenemos más razón de admirarnos de lo ignorantes que están los sabios franceses de las cosas de España, que de lo instruídos que se hallan de las demás cosas. Herederos de un siglo de brillante literatura, comerciantes de este género por interés y profesión, inclinada la balanza del orgullo, del genio, de la moda y de la reputación azia esta parte, ¿qué mucho se hallen casi todos tan adelantados en el gusto y los buenos conocimientos? Pero sí es mucho que siendo nuestros vecinos, nuestros émulos y nuestras sanguijuelas, sólo envidian y sepan que España posee muchos millones de pesos.

“Tal vez tendremos nosotros la culpa. Si fuésemos un poco charlatanes, si viajásemos, si alabásemos nuestras agujas, si escribiésemos periódicos y efemérides, aunque fuese a costa de la Inglaterra, la Italia o la Alemania, ellos nos conocerían mal, pero al fin nos conocerían. Mas nuestro mucho seso, nuestra constante taciturnidad, nuestra constitución y nuestra veneranda pereza, siempre nos forzarán a hacer en medio de la Europa un género de vida monacal, inútil, ignorada y oscura”⁵⁵.

54 Carta a Isidoro Bosarte, de Madrid, de 8 de Marzo 1782.

55 Carta a Casimiro Ortega, de París, de 30 de Abril 1778.

Por seduciente que sea, la cultura francesa no es, por consiguiente, más que el instrumento destinado a ayudar al progreso de España. En este sentido quiso emplearla Viera, en muchos ensayos de todo género, cuyo éxito fué limitado no sólo por sus fuerzas, sino también por las circunstancias generales de su época. La actividad en pro de la patria era por él el mejor provecho del contacto con el extranjero; y no pensaba a otra cosa, cuando su amigo Cabanilles volvió a su vez de París, después de diez años de estudios, cuyo interés sólo se mide por sus resultados para España. “Es preciso que las grandes luces que Vd. ha adquirido en Francia durante este intervalo de tiempo, haya debido notar muchas cosas, poniéndolas en paralelo. ¿Qué dice Vmd? ¿Ha adelantado nuestra nación? ¿Se han mejorado nuestros conocimientos? ¿Parecénle a Vmd. tan bien como le parecían antes nuestras costumbres?”⁶⁶

Así, a lado de los Ramón de la Cruz, de los García de la Huerta y de los Moratín, Viera y Clavijo,

*este clérigo inquieto y cortesano
que traduce a Voltaire y a Cristo reza,*

como con tanto acierto le caracteriza Manuel Verdugo, pertenece a la pléyade de escritores que pensaron que el ejemplo francés podía ayudar la renovación de la literatura y del pensamiento español. Comparada con las obras de los autores mencionados, la suya tendrá seguramente un interés menor; sin embargo, su actividad, su tenacidad y la diversidad de sus preocupaciones le aseguran un puesto importante, en el centro del grupo de pensadores y literatos que creyeron con sinceridad en la eficacia de la alianza ideológica franco-española.